

bricarse para sí una vanísima felicidad con una virtud, que quanto es mas arrogante y soberbia, tanto mas falsa y mentirosa es.

CAPÍTULO V.

Como à la vida social y politica, aunque es la que particularmente debe desearse; con todo, de ordinario la trastornan muchos trabajos, encuentros é inconvenientes.

Sobre lo que dicen, que la vida del sábio es política y sociable, tambien nosotros lo aprobamos y confirmamos con mas solidez que ellos, porque ¿de dónde diríamos que esta policía y Ciudad de Dios (sobre la qual tenemos ya entre manos el libro decimonono de esta obra) habria tomado su principio, ó cómo caminaría en sus progresos, ó llegaría á sus debidos fines si no fuese política la vida de los Santos? pero en las miserias de la vida mortal, quantos y quan gran-

des males encierre en sí la sociedad y política humana, ¿quién bastará á contarlos? ¿y quién podrá ponderarlos? Oigan lo que entre sus Cómicos, dice un hombre con sentimiento y con dolor de todos los hombres ²⁸: “me casé, ¿qué mi-
„ seria hay que no hallase en este esta-
„ do? me nació hijos, y en ellos tu-
„ viéron origen otros nuevos cuidados
„ que me aquejaban:” pues todos los inconvenientes que refiere el mismo Terencio, que se hallan en el amor ²⁹ “los
„ agravios, sospechas, enemistades, guerras,
„ y luego paz,” ¿no han llenado del todo, y por todos sus extremos, la vida humana? ¿Acaso estas desventuras no suceden, y se hallan ordinariamente en las amistades lícitas y honestas de los amigos? ¿por ventura no está llena de ellas del todo y por todo la vida humana, en la qual experimentamos agravios, sospechas, enemistades, guerras, como males ciertos? pero la paz la experimentamos como bien

incierto y dudoso, porque no sabemos, ni la limitacion de nuestras luces puede penetrar los corazones de aquellos, con quienes la deseamos tener y conservar, y quando hoy los pudiesemos conocer, ¿sin duda no sabriamos quales serian mañana, y quienes son, y deben ser mas amigos, que los que viven unidos en una misma casa y familia? Y con todo, ¿quién se asegura allí, habiendo sucedido tantos males por sus ocultas maquinaciones, traiciones y calamidades, tanto mas amargas, quanto fué la paz mas agradable y dulce, la qual se pensó que era verdadera quando astuta y dólidamente se fingia? Por lo qual lastima y penetra tan intensamente los corazones de todos, que hace llorar por fuerza, como dice Tulio: no hay traicion mas secreta y oculta que la que se encubrió baxo el velamento de oficio, ó baxo algun pretexto de amistad sincera: mediante á que fácilmente te podrás precaucionar y guardar del que es ene-

migo declarado al descubierto: pero este mal oculto, intestino y doméstico, no solo le hay, y se le ofrece al hombre, sino que tambien le mortifica antes que pueda dividirlo ni descubrirle: por eso tambien viene bien esta sentencia del Salvador 3º: "que los enemigos del hombre son los que con sus domésticos y familiares nos lastima extraordinariamente el corazon:" pues quando haya alguno tan fuerte, que lo sufra con paciencia, ó tan vigilante, que se guarde con prudencia de lo que maquina contra él el amigo disimulado y fingido; sin embargo, es inevitable sienta y le affixa si es bueno el mal de aquellos pérfidos y traidores, quando viene á conocer por experiencia que son tan malos, ya hayan sido siempre malos, y se hayan fingido buenos, ya se hayan transformado de buenos en malos, cayendo en esta maliciosa operacion. Si la casa pues, que es en los males de esta vida el comun re-

fugio y sagrado de los hombres, no está segura, ¿qué practicará la ciudad, la qual quanto es mayor, tanto están sus Tribunales y Audiencias mas llenas de pleytos civiles y criminales, quando no haya discordias, que suelen ser, no solo turbulencias, sino tambien muchas veces sangrientas, ni haya guerras civiles, de las quales en ocasiones están libres las ciudades, pero de los peligros, nunca.

CAPÍTULO VI.

Del error que hay en los actos judiciales de los hombres, quando no se sabe, y está oculta la verdad.

Y qué diremos de los mismos actos judiciales que hacen los hombres acerca de los mismos hombres, que no pueden faltar en las ciudades, por mas quietos y sosegados que estén, que tales pensamos que son, quan miserables, quan dig-

nos de compasion, pues los que juzgan son los que no pueden ver las conciencias de aquellos á quienes juzgan? por donde muchas veces son forzados, á costa de los tormentos de los testigos inocentes³¹ buscan la verdad de la causa, que toca á otro: mediante á que quando sufre y padece uno en su causa, y quando por saber si es culpado, le atormentan, y siendo inocente, paga la pena incontinenti y cierta por una culpa incierta, no porque está claro y averiguado que haya cometido tal delito, sino porque se ignora que no lo ha cometido. De esto se sigue por un orden general, que la ignorancia del Juez viene á ser la calamidad y ruina del inocente. Y lo que es mas intolerable y lastimoso, ymas digno de regarlo, si fuese posible, con perennes fuentes de lágrimas, que siendo así que por eso el Juez atormenta al delatado por no matar con ignorancia al inocente, viene á suceder por la miseria de la ignorancia que

le mata atormentado é inocente, á quien primero dió tormento por no matarle inocente; porque si este tal, conforme á la sabiduría é inteligencia de los Filósofos, escogiere huir antes de esta vida, que sufrir estos tormantos, confesará que cometió lo que no cometió. Condenado este y muerto, aun no sabe el Juez si le quitó la vida culpado ó inocente, á quien por no matarle con ignorancia siendo inocente, le había atormentado, y consiguientemente dió tormento por descubrir la verdad á uno que está inculme del delito, y no sabiéndola, aun le dió la muerte. En semejantes densas tinieblas como estas de la vida política, pregunto, ¿se sentará en los estrados por Juez aquel sábio, ó no se sentará? Es efectivo que se sentará, porque le obliga á ello, y le trae compelido á este ministerio la política humana, y el desampararla lo tiene por accion impía y detestable. Y no tiene por accion abominable que en cau-

sas ajenas atormenten á los testigos inocentes, y que á los que son acusados por la mayor parte, siendo vencidos de la fuerza del dolor, y confesando lo que no han hecho, los castigan tambien inocentes y sin culpa, habiéndolos ya atormentado primero siendo inculpables, y que quando no los condenen á muerte, por lo general, ó mueren en los mismos tormentos, ó vienen á morir de resultas de ellos. ¿Acaso no se observa que algunas veces ³², aun á los mismos que acusan con zelo seguramente de hacer bien á la política humana, porque las culpas no queden sin el debido castigo, y porque mintieron los testigos, y el reo se conservó valeroso en los tormentos, é inconfeso, no pudiendo probar los delitos que le acumuláron, aunque se lo imputáron con verdad, el Juez que ignora esta circunstancia, los condena? Tantos y tan grandes males como estos no los tiene por pecados, por quanto no lo hace el Juez

sábio con voluntad de hacer daño, sino por la necesidad fatal de no saber la verdad, y porque le compele la humana política por su cargo, y ministerio peculiar de ejercer la Judicatura. Esta es pues, la que llamamos miseria, á lo menos, del hombre, quando no sea malicia del sábio. ¿Cómo es posible que atormente á los inocentes, y castigue á los inculpados por la necesidad de no saber, y por la precision de juzgar, no contentándose con no tenerse por reo y culpado, sino que se tenga tambien por bienaventurado? ¿Con cuánta mas consideracion y humanidad, reflexionando en sí mismo, reconocerá en esta necesidad la miseria, y la aborrecerá por sí misma? y si sabe y conoce con piedad clamará á Dios, y le dirá (a): "lí,, breme, Señor, de mis necesidades."

(a) Psalm. 24.

CAPÍTULO VII.

Como la diversidad de las lenguas pone division en la política de los hombres, y de la miseria de las guerras, aun de las que se llaman justas.

Despues de la ciudad se sigue el orbe de la tierra, adonde ponen el tercer grado de la política humana, comenzando en la casa, pasando de esta á la ciudad, y procediendo despues hasta llegar al orbe de la tierra. El qual sin duda como un Océano y abismo de aguas, quanto es mayor, tanto mas circundado está de peligros: adonde lo primero la diversidad de los idiomas enagena y divide al hombre del hombre³³, porque si en un camino se encuentran dos de diferentes lenguas, que no se entienda el uno al otro, y no pueden pasar adelante, sino que por cierta necesidad sea indispensable que hayan de estar juntos, mas fácilmente se

acomodarán y juntarán unos animales mudos, aun de distinta especie, que no ellos, sin embargo de ser uno y otro hombres: porque quando los hombres no pueden comunicar entre sí lo que sienten, solo por la diversidad de las lenguas, no aprovecha para que se junte la semejanza que entre sí tienen tan grande de la naturaleza; de forma, que con mayor complacencia se estará un hombre asociado de su perro, que con un hombre extranjero. Pero dirán que por lo mismo se previno, que la imperiosa ciudad ³⁴, para la conservacion de la paz política á las naciones conquistadas, no solo les mandase recibir el yugo, sino tambien su idioma, con que no faltó, sino que tambien sobró abundancia de intérpretes. Es verdad: mas esto, ¿con cuántas y cuán crueles guerras, y con cuánta mortandad de hombres, y con cuánto derramamiento de sangre humana se alcanzó? y con todo, no por eso habiendo ya pasado y acabado todo esto,

se acabó la miseria de estos males: pues aunque no hayan faltado ni falten enemigos, las naciones extranjeras con quienes se ha sostenido y sostiene continua guerra, sin embargo, tambien la misma amplitud y grandeza del Imperio ha producido otra especie peor de guerras, y de peor condicion, es á saber, las sociales y civiles, con las quales se destruyen mas infelizmente los hombres, ya sea quando traen guerra por conseguir la paz, ya sea porque temen no vuelva á encenderse. Y si yo quisiese detenerme á decir, como lo merece el asunto, (aunque seria imposible) tantos y tan varios estragos, tan duras é inhumanas necesidades de estos males, ¿quándo acabaria de concluir con este nuestro discurso? Dirán que el sabio ³⁵ hará la guerra justamente, como si por lo mismo no le hubiese de pesar mas, si es que se acuerda que es hombre, de tener necesidad de sostener solo las que sean justas é indis-

pensables ; porque si no fueran justificadas , no las habia de declarar , y por consiguiente ninguna guerra traeria el sábio ; porque la iniquidad de la parte contraria es la que da ocasion al sábio á publicar y sustentar la guerra justa , de cuya iniquidad debe causarle pesar al hombre, en atencion á que es propio y característico de los corazones humanos el compardecirse y dolerse , aunque no proviniera , ni resultara de ella necesidad alguna de traer guerra. Así que , todo el que considera con sentimiento y dolor estas calamidades tan grandes , tan horrendas , tan inhumanas , es necesario que confiese la miseria, y qualquiera que las padece, ó las considera sin sentimiento ni dolor de su alma , sin duda que mas miserablemente se tiene por bienaventurado , supuesto que ha perdido tambien , y borrado de su razon todo sentimiento ó sensacion humana.

CAPÍTULO VIII.

Como la amistad de los buenos no puede ser segura , en tanto que es necesario el temerse los peligros de esta vida.

Y cuando no suceda que haya una ignorancia tan depravada , como sin embargo sucede ordinariamente en la miserable condicion de esta vida , que ó tengamos por amigo al que realmente es enemigo , ó por enemigo al que es amigo. ¿Qué objeto hay que nos pueda consolar en esta política humana , tan llena de errores y trabajos , sino la fe , no fingida , y el amor que se profesan unos á otros los verdaderos y buenos amigos ? los quales quantos mas fueren los que tuviéremos , y derramados por los pueblos ³⁶, tanto mas nos tememos no les suceda algun mal , de tantos como se padecen en este siglo , porque no solo nos da cui-

dado que no los aflija la hambre, las guerras, las enfermedades, el cautiverio, y que en él no padezcan tales aflicciones, quales no somos bastantes á imaginarlas, sino tambien lo que hace mas amargo el temor, no se conviertan en perfidia, en malicia y en nequicia. Y quando estas penalidades acaecen (que vienen á ser mas en número, sin duda, quantos mas son los amigos, y mas esparcidos se hallan en diferentes poblaciones), y vienen á nuestra noticia, ¿quién podrá creer, ni exâgerar las angustias, y quemazones de nuestro corazon, sino quien las siente por experiencia? Porque mas quisieramos oir que eran muertos, aunque tampoco pudieramos oir esta triste nueva sin un dolor íntimo: ¿pues cómo puede ser que la muerte de las personas, cuya vida, por los consuelos de la amistad política, nos daba contento, no nos cause especie alguna de tristeza? La qual quien la prohíbe y quita, quite

y prohíba, si puede, los coloquios, y agradable trato y conversacion de los amigos: ponga entredicho al vivir en amigable y estrecha sociedad; impida y destierre el afecto de todo aquello, á que los hombres naturalmente tienen alguna obligacion: rompa los lazos de las voluntades con una cruda insensibilidad, ó parézcale que debe usar de ellos, de forma que no llegue ni toque gusto alguno, ni suavidad de ellos al alma. Y si esto de ningun modo puede ser, ¿cómo puede ser que no nos sea amarga la muerte de aquel, cuya vida nos era dulce y suave? porque de aquí tambien redunda en el corazon del hombre á modo de apostema una profunda melancolía, para cuyo remedio se aplican los consuelos de los cordiales amigos, porque no por eso dexa de haber que sanar, pues quanto mas excelente sea el alma, tanto mas presto y mas fácilmente se sana en ella lo que hay que sanar. Así que, ya que la

vida de los mortales haya de padecer aflicciones y duelos, unas veces mas blanda, otras mas asperamente, por las muertes de sus queridos y amigos, y particularmente de aquellos cuyos oficios son necesarios á la política y sociedad humana, con todo, querriamos mas oír ó ver muertos á los que amamos, que verlos caidos, ó apartados de la fe ó buenas costumbres, esto es, que verlos muertos en el alma; y de esta inmensa y fecundísima materia de males y duelos está bien llena la tierra, por lo qual, dice la Escritura (a), "acaso no es tentacion toda la vida del hombre sobre la tierra." Y por eso dice el mismo Señor (b): "infeliz del mundo, por los escándalos:" y en otra parte (c), "por la abundancia (dice) de los pecados, se resfia la caridad." Y así

(a) Job cap. 7.

(b) S. Matth. cap. 18.

(c) S. Matth. cap. 24.

sucede, que nos demos el parabien, y nos alegremos quando mueren los buenos amigos, y que quando su muerte mas nos entristece, ella sea la que nos dé mas cierto el consuelo, considerando como se han librado ya de los males con que en esta vida, aun los buenos, ó son combatidos y afligidos, ó desdicen de su bondad, y se estragan, ó por lo menos en lo uno y en lo otro corren riesgo.

CAPÍTULO IX.

Como la amistad de los ángeles buenos no puede ser manifesta á los hombres en este mundo por los engaños de los demonios, en cuyas manos diéron los que se entregaron á la adoracion de muchos Dioses.

Aunque en la sociedad y comunicacion que tenemos con los ángeles buenos, la qual los Filósofos que opinaron que los Dioses eran nuestros amigos, pusieron

en el cuarto lugar , comenzando y caminando desde el orbe de la tierra al mundo , para comprehender así en cierto modo tambien el cielo : por ningun pretexto sostenemos , que semejantes amigos nos causen tristeza , ni con su muerte , ni con desdecir de su bondad. Con todo , porque no nos tratan con la familiaridad que los hombres (lo qual pertenece tambien á las miserias de esta vida) , y algunas veces Satanás , segun leemos (a) , “se trans-
 ,, figura en ángel de luz ,” para tentar á los que es menester instruirlos así , ó es justo que sean engañados. Es necesaria grande misericordia de Dios , para que ninguno , quando piensa que tiene por amigos á los ángeles buenos , no tenga por amigos fingidos á los malos demonios , que le sean enemigos , tanto mas dañosos y perjudiciales , quanto son mas astutos y engañosos. ¿Y quién tiene ne-

(a) S. Paul. 2. ep. ad Corinth. cap. 11.

cesidad de esta particular misericordia divina , sino la grande miseria humana , que está tan oprimida de la ignorancia , que fácilmente se dexa engañar con la ficcion y disimulacion de estos? Y así aquellos Filósofos que dixéron en la impía ciudad , que los Dioses eran sus amigos , es indubitable que encontraron , y diéron en manos de los malignos demonios , á quienes toda aquella ciudad está sujeta , para tener con ellos al fin la pena eterna : porque de sus ceremonias sagradas , ó por mejor decir , sacrilegas , con que creyeron que los debian reverenciar , y de sus juegos y fiestas abominables donde celebran sus culpas y torpezas , con que se persuadiéron que debian aplacarlos , siendo ellos propios los autores y demandadores de tales y tan grandes ignominias , bien claramente se puede echar de ver quienes y quales son los que adoran.

CAPÍTULO X.

Del fruto que les está aparejado á los Santos por haber vencido las tentaciones de esta vida.

Aunque ni los Santos ni los fieles que adoran á un solo, verdadero y sumo Dios, están seguros de sus engaños y varias tentaciones: porque en este lugar propio de la flaqueza humana, y en estos días malignos, aun este cuidado y solicitud no es sin provecho, para que busquemos con mas fervorosos deseos aquella seguridad, donde hay plenísima y cierta paz: porque allí los dones de la naturaleza, esto es, los que da á nuestra naturaleza el Criador de todas las naturalezas, no solo serán buenos, sino eternos, no solo en el alma, la qual se ha de reparar con la sabiduría, sino tambien en el cuerpo, el qual se ha de renovar con la resurreccion. Allí las virtudes no trabajarán, ni

sostendrán continua lucha contra los vicios ni contra qualquiera género de males, sino que gozarán de la eterna paz por premio de su victoria: de conformidad, que no se la inquiete ni perturbe enemigo alguno, porque ella es la bienaventuranza final, ella, de la perfeccion, el fin, que no tiene fin que lo consuma: pero en la tierra, aunque nos llamamos bienaventurados quando tenemos paz, qualquiera que sea la que pueda tenerse en la buena vida: con todo, esta bienaventuranza, comparada con aquella que llamamos final, es en todas sus partes miseria. Así que, quando los hombres mortales, en las cosas mortales, tenemos esta paz, qual aquí la puede haber, si vivimos bien, de sus bienes usa bien la virtud, pero quando no la tenemos, tambien usa la virtud de los males que el hombre padece: no obstante entónces es verdadera virtud quando á todos los bienes, de que usa bien, y á todo lo que